

## Editorial

## Conmemorando el Bicentenario de la Independencia

Por, Álvaro Acevedo Tarazona

La Campaña Libertadora de 1819 se ha inscrito en nuestra memoria como el principal hito nacional. Un acontecimiento que prometía concretar el proceso iniciado en 1810 para establecer las bases sólidas de una república que habría de ser un ejemplo para las otras naciones del mundo. En ese momento, la posición privilegiada de la Nueva Granada, bañada por dos océanos y con incontables riquezas naturales y con un vasto territorio, permitían presagiar un futuro halagüeño. No obstante, la nueva república que parecía concretarse en 1819 no era la Colombia actual, sino la que a juicio de los especialistas se puede denominar “la primera República de Colombia”. Esta nueva república reunía lo que hoy es Venezuela, Ecuador y Colombia, y nació no de una cita constitucional sino de la imaginación de un puñado de militares venezolanos apoyados por ejércitos de neogranadinos, quienes lograron tomar la capital del virreinato de la Nueva Granada desde sus bases en la Guayana y los Llanos, y al realizar esta gesta presentaron al mundo, en diciembre de 1819, una república llamada Colombia. Sin embargo, lo cierto es que la mayoría de aquel inmenso territorio estaba aún “por liberar”, es decir, requería ser dominado por los llamados ejércitos libertadores para implantar en este el régimen republicano colombiano.

La Campaña Libertadora de 1819 fue la primera destinada a establecer la República de Colombia. Solo cuatro años después, en 1823, se rendirían los últimos españoles en la fortaleza de Puerto Cabello. De manera que si bien solo fue la primera de una larga lista, fue la más espectacular, y quizás la más crucial de todas. Desembocó en la toma de la ciudad de Santa Fe, capital del virreinato de la Nueva Granada. A su vez significó un hecho de armas brillante, pues ni en las más alucinadas cábalas los españoles preveían la llegada de un ejército por los páramos de la provincia de Tunja, considerados intransitables para un ejército. Esta gesta es lo que en general el Gobierno Nacional ha decidido conmemorar, mediante algunas iniciativas enfocadas especialmente en los departamentos de la actual Colombia por donde transitó el Ejército, esto es, Casanare, Boyacá y Cundinamarca.

Cabe señalar que esta lectura del acontecimiento de 1819 excluye otras participaciones y hechos. En el caso de Santander, se tienen noticias de la importante acción de guerrillas que lucharon por expulsar a los españoles del suelo neogranadino. Si bien aún se discute sobre las circunstancias de estas guerrillas, lo cierto es que los movimientos ejecutados por estas son elementos para el análisis historiográfico. Se hace necesario entonces proponer una provincialización del acontecimiento de la Independencia para recuperar la memoria local y regional.

Por otro lado, conviene explorar el acontecimiento de 1819 para entender su significación en la vida política y social del territorio. La batalla dirigida desde la Guayana en territorio venezolano no puso a los pueblos a decidir si querían conformar la República de Colombia; por el contrario, dio por sentado su adhesión a esta. En la cita constitucional de Angostura, acaecida entre febrero y marzo de 1819, antes de las batallas del Pantano de Vargas del 25 de julio y de Boyacá del 7 de agosto de ese mismo año, se decidió el punto fundamental de la unión de las antiguas Nueva Granada, Quito y Venezuela. En ella, solo participaron cuatro diputados por la provincia de Casanare, liderados por Francisco Antonio Zea. Posteriormente, no se volvió a plantear el tema de la configuración territorial, por lo que con un número de diputados poco representativo se estableció lo que sería la primera República de Colombia. En la cita constitucional posterior, celebrada en la Villa del

Rosario en 1821, no se cuestionó lo sustanciado en Angostura. El año de 1819 es el inicio de una guerra que buscaba ocupar militarmente el territorio atribuido a la primera República de Colombia. Esta fue la denominada libertad que trajeron las armas comandadas por Bolívar y Santander.

Si bien es anacrónico e improcedente establecer juicios de buenos o malos en torno a este proceso, conviene, para efectos de la adecuada crítica historiográfica, despojarlo de sacralidades y ritualidades utilizadas para consolidar la identidad nacional en torno a relatos heroicos. La visión romántica del acontecimiento de 1819, impuesta *in situ* por lecturas como la de José Manuel Restrepo, Rivas Groot, Tomás Cipriano de Mosquera y otros, ha de ser revalorada a la luz de nuevas interpretaciones que exploren el acontecimiento a partir de la lectura de las mejores fuentes disponibles. Es necesario, entre otras tareas, reinterpretar el discurso desplegado por los actores involucrados en el proceso. Identificar sesgos, confrontar versiones y analizar lo superficial y lo profundo de la denominada gesta independentista, son propósitos inagotables del historiador de las independencias y de la crítica historiográfica. Ya existen crónicas elaboradas con cierta precisión y suficiencia sobre los hechos de 1819, y descripciones de los acontecimientos que resultan ser un trabajo notable, pero estas no agotan todos los posibles derroteros de análisis.

En 1819 también se dejó uno de los últimos episodios de la denominada “guerra a muerte”: el fusilamiento de 39 prisioneros españoles tomados durante la Campaña Libertadora, encabezados por el general José María Barreiro. La orden provino de la máxima autoridad política y militar: el vicepresidente encargado del poder ejecutivo, Francisco de Paula Santander. Este episodio podría invitar a reflexionar en torno al fenómeno de la “guerra a muerte”, ocurrido entre los años 1813 y 1820 y el cual consistió en la radicalización de la guerra, mediante la búsqueda, a cualquier precio, de la eliminación física del contrario. Tanto ejércitos españoles como libertadores cometieron acciones de este tipo, por lo cual no es de extrañar que Santander en el documento público concebido para justificar aquella acción ante la opinión pública, citara una larga lista de agravios y asesinatos cometidos por los españoles. Estos hechos de la guerra y otros no han sido lo suficientemente estudiados, como tampoco lo ha sido, en general, el tópico “guerra a muerte”, necesario para no sacralizar el proceso independentista y contemplarlo en una dimensión más humana y menos heroica o legendaria.

Precisamente, estos nuevos elementos y complejidades referidos deben dar sentido a la conmemoración de 1819. No una conmemoración para resaltar exclusivamente hechos fundacionales. Sin duda, estos últimos son parte de nuestra identidad nacional, pero una conmemoración con el mero objetivo de rememorar mitos fundacionales y heroicos no es útil para la sociedad. Las conmemoraciones deben ser una oportunidad para criticarnos, para repensarnos, para descubrir nuevos sentidos y posibilidades. Por ello, la efeméride de 1819 alcanzaría nuevos sentidos si se orienta en resignificar y visitar los procesos de fundación de nuestra nacionalidad, bajo una mirada crítica que posibilite repensarnos y comprendernos.